

EL ENCUENTRO CONTIGO

"Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo" (San Agustín)

Pregunta san Agustín en uno de sus diálogos:

"Agustín: ¿Todos queremos ser felices?

Apenas había dicho esto, todos lo aprobaron unánimemente.

Agustín: ¿Qué debe buscar, pues, el hombre para alcanzar su dicha?... ha de ser una cosa permanente y segura, independiente de la suerte, no sujeta a las vicisitudes de la vida... ¿Dios os parece eterno y siempre permanente?

—Tan cierto es eso —observó Licencio— que no merece ni preguntarse.

Agustín: Luego es feliz el que posee a Dios".

SAN AGUSTÍN, *De Beata Vita II*, 10-11

San Agustín, razona en este diálogo por qué el hombre solo puede encontrar la felicidad en Dios: porque **la felicidad se encuentra en la posesión de aquello que no nos puede ser arrebatado.**

Los seres humanos siempre estamos deseando cosas y, por eso, el mismo san Agustín nos dice que **"nuestro corazón está inquieto"** ["Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti" (*Confesiones I, 1, 1*)].

Si no alcanzamos lo que deseamos, quedamos frustrados. Y tampoco nos satisfacemos cuando alcanzamos lo que tanto hemos deseado, precisamente porque el corazón tiene un **ansia infinita de felicidad** y cualquier bien pasajero, caduco y limitado no podrá satisfacerlo.

La felicidad se encuentra en la posesión de aquello que no nos puede ser arrebatado, por eso, la felicidad solo se halla en Dios, que es bien infinito, eterno.

Y no hablamos solo de que en la otra vida podremos alcanzar a Dios. También podemos poseer a Dios, en cierto modo, en la vida presente por el conocimiento y el amor. El premio de la posesión de Dios, ya en esta vida, es la paz en el corazón¹.

El deseo de felicidad es justamente el recuerdo de Dios que llevamos impreso como un sello en nuestra mente. Si buscamos felicidad es porque nos acordamos de Dios. Es la previa presencia de Dios en el ser humano; pues así como no podríamos sentir necesidad de agua, no podríamos sentir sed, si no existiese agua dentro de nosotros mismos como algo connatural a nuestro propio organismo, así la inquietud y la búsqueda humanas de Dios presuponen también la experiencia (difícil de describir concretamente) de la presencia de Dios en el ser humano; presencia que aparece, sin embargo, como ausencia, por la misma infinitud de Dios y la consecuente inabarcabilidad humana².

San Juan de la Cruz lo expresaba en aquellos hermosos versos de su Cántico espiritual: "Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura, / y, yéndolos mirando, / con sola su figura / **vestidos los dejó de hermosura**", es decir, la huella de Dios en las criaturas.

¹ *San Agustín de Hipona: 2º Bachillerato*, EDITEX. Escrito por María del Carmen Dolby Múgica.

² Citado por SALVADOR ROS, *La experiencia de Dios en mitad de la vida*, EDE, Madrid 2010, nota 5, p. 9: *Ibid.*, p. 26 [K. RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología*, vol. VII, Madrid, 1969]. La mistagogía, a diferencia de la inoctrinación, parte del núcleo de la propia existencia, del abismo del misterio en el que hunde sus raíces, de la previa presencia de Dios en el hombre; pues así como el hombre no podría sentir necesidad de agua, no podría sentir sed, si no existiese agua dentro de sí como algo connatural a su propio organismo, así la inquietud y la búsqueda humanas del Absoluto presuponen también la experiencia (difícil de describir concretamente) de la presencia del Absoluto en el hombre; presencia que aparece, sin embargo, como ausencia, por la misma infinitud del Absoluto y la consecuente inabarcabilidad humana (cf. M. CABADA-CASTRO, «La vivencia previa del Absoluto como presupuesto del acceso teórico a Dios», en *Teología y mundo con-temporáneo. Homenaje a K. Rahner*, Madrid, 1975, pp. 65-88).

San Agustín también en un momento de su vida estuvo sediento de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un momento de lucidez y claridad, se dio cuenta de que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar:

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,
y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era,
me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste.

Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo.

Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
si no estuviesen en ti, no existirían”.

SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro 10, 27

Podemos decir, por lo tanto, que poseer la felicidad forma **parte del ideal de cada persona** y también del **designio de Dios** para cada uno. Y retomando las palabras de san Agustín, podemos preguntarnos: ¿Dónde la buscas?, ¿ya la encontraste?, ¿te interesa conseguirla?, ¿qué medios estás poniendo para poseerla?

“**Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo**”. “**Tú estabas dentro de mí y yo afuera**”. Esta es la clave para encontrarnos con Dios: “Remar mar adentro” (*Lc 5,4*), navegar a lo profundo. Mira hacia tu interior para poder reconocer tu realidad. Recuerda: No estamos huecos por dentro (*cf. C 28, 10*).

Podríamos tener presente la imagen en base a la cual Teresa construye el camino de la oración, para percatarnos de la importancia del tema. Cuando habla de la persona (o del alma) como de un castillo, y presenta el camino de la oración como un adentrarse en el mismo hasta la conquista del centro, en el fondo no hace más que trazar un camino de oración (hacia la unión con Dios) como **un camino de conquista-conocimiento de sí**. «No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos» (*1M 2,9*), le dice a sus monjas y a nosotros. Y Edith Stein señala que «vivir espiritualmente significa (...) ser trasparente para sí mismo, ser consciente de sí mismo».

¿Qué es y en qué consiste el “conocimiento de sí”?

El conocimiento propio es **descubrimiento y toma de conciencia de la propia realidad esencial y existencial**. Por supuesto que no se trata aquí de un conocimiento de sí que desemboca en el narcisismo. Es todo lo contrario: un conocimiento de sí que se abre al infinito del misterio de un Dios que es el único capaz de desvelar el inquietante misterio del ser humano, que busca un sentido o razón de ser a su existencia.

Cuando entramos con sinceridad en nuestro conocimiento propio descubrimos las dos vertientes de la comprensión teológica del hombre: por un lado la propia miseria³, y por el otro la altísima vocación a la que el hombre ha sido llamado desde su creación y el gran amor que Dios le tiene⁴. Son como las dos caras de una misma moneda.

Miseria del hombre

Respecto a la **miseria del hombre**, a su pecado, la misma santa Teresa no se cansará de avisar sobre lo peligroso que puede resultar en el camino de la oración (y por lo tanto, en la vida del hombre) el permanecer ciegos e impasibles frente a esa realidad (*cf. F 5,16; cfr. V*

³ Son muchos los textos donde Teresa subraya la “miseria” del hombre. Algunos de ellos son V 13,1; 14,9; 15,14.

⁴ Cfr. entre otros: 1M 1,1; 6M 6,5.

20,19). Conocer las propias faltas significa «entender quién somos y hasta dónde llega nuestra virtud» (F 5,15), y por lo tanto, hasta dónde llega nuestra capacidad.

Pero la misma realidad nos demuestra: que el hombre no se conoce a sí mismo, sino solo superficialmente: ello es uno de los mayores frenos en el camino hacia la felicidad y la plenitud. En los siguientes términos nos lo expresa Teresa: «No es pequeña lástima y confusión que, por culpa nuestra, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra?» (1M 1,2).

Gran dignidad del ser humano

La gran dignidad del ser humano contrarresta el perderse en la angustia de la propia miseria, o el hacer la "vista gorda" frente a ella, para evitar descubrirse diferente a los parámetros, modelos sociales o idealismos personales (es la peligrosa actitud del no aceptarse a sí mismo).

Lo importante es que tomemos conciencia de la gran dignidad del ser humano («la gran dignidad y hermosura del ánima» -1M 1,1-):

- "considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante",
- "aposento adonde un Rey tan poderoso.... se deleita",
- "Él mismo dice que nos crio a su imagen y semejanza" (ib.).
- Somos templo del Espíritu Santo, habitados por la Trinidad.

A percatarse de esta verdad ha de llegar el hombre, si es que quiere alcanzar su plenitud. Hacia ello conduce el conocimiento propio. **En nosotros está el cielo** (CE 28,8).

En la misma línea, Teresa de Jesús insiste sobre la **necesidad de creer que por mucho que el hombre peque, nunca pierde su dignidad y Dios no se aparta de él**. Dice Teresa: «la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura que siempre está dentro de ella, y cosa no puede quitar su hermosura» (1M 2,3). Es el "reset" de los aparatos electrónicos que nos permite comenzar de nuevo.

Este conocimiento de sí crea en la persona una **dinámica de conversión**, de apertura y de reconocimiento frente a la propia verdad que define al hombre, y por eso encierra en sí un profundo carácter de realismo ascético.

Y se produce el verdadero descubrimiento de la **experiencia de la bondad y misericordia divina**: «Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto, permite Su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. **Dora las culpas**. Hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí casi haciéndome fuerza para que la tenga» (V 4,10).

A esta confianza se une santa Teresita cuando nos anima a no rechazarnos al vernos débiles y limitados: «Lo que agrada a Dios, dice, es verme amar mi pequeñez y mi pobreza en la esperanza ciega que tengo en su misericordia» (Cta 197).

La gran ventaja de este tratar de conocernos, de entrar en nosotros mismos, si lo hacemos a la luz de la gracia y del misterio de Dios, es que adquiriremos un **conocimiento más libre y objetivo** de nosotros mismos y de la realidad, **despreocupándonos del qué dirán**, que muchas veces es el gran obstáculo en la aceptación de nosotros mismos.

Y también alcanzaremos la virtud de la **humildad**: Esta virtud por excelencia se apoya en el aceptarse como el mismo Dios nos acepta y acoge. Solo así es posible que salga a la luz la verdad de nuestra persona.

Junto al descubrimiento de la propia dignidad, el conocimiento propio **nos ayuda a reconocer la dignidad del otro**.

La justa estima, consideración o aprecio del otro no se detendrá, entonces, en sus cualidades o en sus defectos, sino que será acogido por lo que es en sí mismo. Para estimar al otro no basta con no pensar mal de él o con "esforzarse" en pensar bien, y ni siquiera se trata de cerrar los ojos sobre sus aspectos negativos, y mucho menos es hacer simplemente gestos de cortesía. La estima del otro es tener una mirada fina y limpia para descubrir de él su íntimo y objetivo valor, es abrirse a la verdad del otro. Aquella verdad que nos dice que su dignidad deriva del hecho de ser él también hijo de Dios, más allá de lo que hace. El otro se convierte para mí en la posibilidad real de corresponder a Dios por haberme acogido y aceptado a mí con todo lo que soy. Porque me estimo a mí mismo, podré estimar también al hermano.

La propia debilidad, el reconocimiento de lo que somos es el comienzo del camino hacia Dios⁵

Se empieza desde abajo

No estamos acostumbrados a **asumir lo que somos**, enseguida nos ponemos máscaras y disfraces para distraer a los demás y consolarnos ficticiamente a nosotros mismos. Y así no caminamos hacia una **justa estima de nosotros mismos**.

San Pablo, un hombre que ha vivido profundamente, a veces incluso de forma lacerante, la experiencia del propio mal, al menos en esto, lo podemos sentir cercano, nos enseña cómo empezar desde abajo (cf. 2Cor 12,7-10).

1. «Una espina clavada en la carne»:

No es tan importante conocer con exactitud la naturaleza de esta espina clavada en la carne; hay muchos tipos de debilidades o límites: físicos, psíquicos, morales... Lo que nos interesa es cómo Pablo **lo hace suyo, lo integra y lo llena de significado**.

2. «... para que la grandeza de las revelaciones no me engría, para que no caiga en soberbia»:

Había tenido grandes revelaciones y habría podido caer en la soberbia de atribuirse el mérito a él mismo y de vanagloriarse ante los demás.

Tenía que ser un límite que lo desacreditaba ante él mismo y ante los demás; un límite en cierto sentido humillante si hacía de contrapeso a las grandezas de las revelaciones.

El apóstol **le da un significado positivo a su límite**: el impedirle que se crea el artífice de su santidad, o que se convierta en un apóstol que se anuncia a sí mismo, o que confíe demasiado en sí mismo, o que se vanaglorie de todo lo que ha recibido como si fuera por méritos propios...

La debilidad, el mal, cargado ya de sentido, **está en proceso de transformación**.

3. «... Tres veces pedí al Señor que me librara»:

Es natural. Se manifiesta el miedo ancestral del ser humano ante el mal, y surge espontánea la súplica insistente. Nos recuerda a aquella dramática súplica del Getsemaní. También es nuestra oración de cada día: «Líbranos del mal».

Es importante vivir plenamente esta fase: sentir la impotencia y el miedo ante el dolor -físico, psicológico, moral- y confesarlo con sinceridad ante el Señor. Es un tiempo de purificación, pero no tanto y solo por nuestro mal, cuanto de la purificación de creernos lo suficientemente fuertes para no ceder; es, por tanto, tiempo de sufrimiento, de no comprender, de muerte del yo narcisista con sus ídolos y ilusiones.

Quien se determina a pasar por esta noche interior, aprende a ir a lo esencial en las cosas del espíritu y a buscar solo a Dios, pidiéndole no solo que lo libre del mal, sino sobre todo que lo

⁵ Cf. principalmente: AMEDEO CENCINI, *Vivere riconciliati. Aspetti psicologici*, EDB, Bologna 1986, pp. 114-127.

libre del miedo de reconocerse débil y pecador. Nace así una creatura nueva, que aprende a **convivir con su mal, transformándolo y dejándose transformar** por él.

4. «Te basta mi gracia»:

El Señor escucha la petición de Pablo: aquella espina seguirá clavada en la carne. Será un apóstol que predica la buena nueva **con todo el peso de su humanidad**, misterio de debilidad y de gracia.

Nuestra vida está llena de gracia divina. Nosotros estamos siempre pidiendo, no nos parece suficiente lo que Dios nos da, tenemos siempre necesidad de ese favor especial... Y no porque seamos los eternos descontentos e insaciables, sino porque estamos distraídos o miopes: no siempre vemos la acción del Espíritu, que siempre obra en nosotros, o restringimos el ámbito de su actuación solo a algunos momentos, aquellos en los que tenemos la sensación de haber actuado bien, de haber sido fieles, casi casi como si fuera una condecoración. Y sin embargo, el Espíritu abraza toda nuestra historia, don inmerecido y constante, y se nos da suficientemente, según la medida establecida por Dios para cada uno.

5. «Mi poder triunfa en la debilidad»:

El Señor no concede lo que le pide Pablo, pero hace mucho más, le revela algo absolutamente inimaginable: **«el poder se realiza en la debilidad»**, ¡la debilidad del hombre es el lugar en el que se realiza la plenitud el poder de Dios! Pablo nunca lo hubiera podido pensar, ni hubiera tenido la osadía de pedirlo, pero el Señor -como suele- hace surgir ese deseo del hombre, concediéndole mucho más de lo que pide.

Nosotros querríamos ser personas fuertes, apóstoles capacitados, ascetas virtuosos, y creemos que el buen Dios también está de acuerdo con estos nuestros "santos" propósitos y, por tanto, nos los debería conceder, con su habitual omnipotencia y, naturalmente, para su gloria... Vuelve nuevamente a aparecer esa concepción de Dios sobre el que proyectamos nuestros sueños frustrados de omnipotencia y dominio, y que debería satisfacer nuestros deseos latentes de éxito y gloria. Un Dios tan distinto y lejano del Dios misteriosamente débil de la cruz.

El poder de Dios pasa por la vulnerabilidad del hombre: nos ha salvado a través de la debilidad de su Hijo, y desde entonces sigue salvando a través de la debilidad de quien reconoce honestamente su fragilidad e impotencia, de quien ha experimentado el perdón que lo ha creado y recreado.

6. «Por eso, me enorgulleceré de mis debilidades»:

La auténtica sanación consiste en el **desvelamiento del sentido de la debilidad**, y no de la eliminación de ella.

Sólo basta Dios y su gracia, el hombre lo que tiene que hacer es disponer su debilidad a la docilidad de Dios, entonces, la fuerza irresistible de la gracia se manifiesta perfectamente. Así fue también la experiencia de Teresita, como ya dije: «Lo que agrada a Dios es verme amar mi pequeñez y mi pobreza en la esperanza ciega que tengo en su misericordia» (Cta 197).

La complacencia en la propia debilidad no es ningún acto masoquista o morbosamente enfermizo sino la **serena aceptación de lo que realmente somos** y la disponibilidad, a partir de esa misma realidad, para que Dios obre y transforme.

Dios se hizo hombre para mostrarnos que la gracia se asume a partir de debilidad y así el hombre supiera asumir su debilidad a partir de la gracia de Dios. Por eso, cuando se la vive desde Dios, es salvación; cuando se la vive desde sí mismo, es frustración.

La Palabra de Dios afirma: **«Sabemos que todas las cosas suceden para el bien de aquellos a quienes Dios ama»** (Rm 8,28). «Todo sucede para el bien», no se excluye nada. Esta mirada absolutamente positiva, que desciende de la experiencia de la misericordia, es la que nace de la fe.

Quizás nosotros, por nuestra manera de ser y actuar, no esperábamos, es más, hasta nos desconcierte este misterio de amor por el pecador que Dios revela en Jesucristo. De este desconcertante amor habla el pregón de la noche de Pascua:

«¿De qué nos serviría haber nacido / si no hubiéramos sido rescatados?

¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!

¡Qué incomparable ternura y caridad!

Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!

**Necesario fue el pecado de Adán,
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.**

¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!»

(Misal Romano: Pregón pascual).

Recordé anteriormente las palabras de san Agustín en sus *Confesiones*, y ahora finalizo con la continuación de ellas pues reflejan el **ansia que sentimos de Dios**:

"Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera;
brillante y resplandeciente, y curaste mi ceguera;
exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anheló;
gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti;
me tocaste, y deseo con ansia la paz que procede de ti".

SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro 10, 27

Ojalá que esta reflexión pueda **revolver las pequeñas brasas** que aún hay bajo la ceniza en nuestro corazón y se realice nuevamente lo que señalaba Machado:

"Creí mi hogar apagado,
y revolví la ceniza...
Me quemé la mano".

ANTONIO MACHADO, *Proverbios y cantares*, LVIII